

altares a falsos ídolos que creó su fantasía, algunos de materia tan vil y despreciable que provocan indignación y náuseas; y así se ve cómo el curanderismo se nutre de estos desperdicios sociales entre los que también se encuentran *esos* que por el hecho de saber garabatear su nombre y apellido y leer alguno de esos novelones por entregas, se califica de intelectualidad...

Y como es evidente que el pasto de estos *profesionales* vulgares y científicos son los necios, son los tontos; que éstos predominan en la sociedad y no escatiman las pesetas, si los «apóstoles» queremos vivir de la ciencia que predicamos, forzosamente hemos de industrializarla, a menos de sucumbir en la competencia; forzosamente hemos de tender por todos los medios a conseguir que nos encumbre la necesidad ambiente, lo que podemos lograr por medios propios de los que la Naturaleza, desgraciadamente, a muchos no nos ha dotado, o pidiendo a voz en grito que se suprima el título de médico y se sustituya por el de curandero: de otro modo quizá, en plazo breve, los «médicos apóstoles», si queda alguno, tendrán que alimentarse de su doctrina o roer los infolios donde aprendieron su ciencia y existen los severos preceptos de moral profesional: a tanto puede llegarse dado el contingente casi fabuloso que producen nuestras Universidades.

Hay otro procedimiento que, sólo a reserva de que el anterior no produzca los resultados que de él esperamos, quiero dar a conocer a mis compañeros. Rara será la localidad donde no exista un idiota, un imbécil o siquiera un necio. Está demostrado hasta la saciedad que todos o casi todos los curanderos vulgares y científicos son idiotas, imbéciles o, cuando más, tontos de capirote, lo cual no es obstáculo para que las gentes acudan en legión a solicitar sus auxilios; para que se enriquezcan y para que los pueblos (pudiera citar alguno) doblen en pocos años el número de sus habitantes y se conviertan en inmensas hosterías. Casi todos estos individuos «tienen gracia» y a ello se debe su popularidad y su fama: unas veces la gracia está en una cruz que la fantasía popular ve en el cielo de la boca o en la rabadilla; otras veces en «un antojo» que su respetable madre no pudo lograr, y que a manera de apéndice corneo presenta en plena región frontal el *gracioso*; otras veces la gracia deriva de que la comadrona asegura que oyó a aquél decir, momentos antes de venir a este pícaro mundo, en el seno de su madre: «que ganas tengo de hartarme de gazpacho»; otras veces, en fin, la gracia se hace derivar de que el nene a los veinte años se sabía de memoria las coplas de Bertoldo Bertoldino y Cacaseno, o de que es doctor por la Universidad de Camelópolis.

Todos estos individuos, puestos por «ganchos», comadres y explotadores, en el

caso de ejercitar sus gracias, realizan ciertas prácticas curativas que satisfacen cumplidamente a la clientela; lamen las llagas, *restregan*, echan el aliento a los pacientes, rezan oraciones más o menos camélisticas; confeccionan brevajes y potingues repugnantes con deyecciones y visceras de todos los seres de la escala zoológica; ven muchas visiones, trasgos y aparecidos; hablan con el demonio; poseen lujosas clínicas y sanatorios; juegan al fut-boll con los enfermos en sus consultas hasta hacerles perder todo el aire de sus bolsillos...; suplantán, postergan y ridiculizan, así en los centros populosos como en los pequeños lugares, a los verdaderos discípulos del gran Hipócrates, a ciencia y paciencia de los mismos, etc., etc.

Si consideramos que «el número de los tontos es infinito» y que el noventa y cinco por ciento de las personas que acuden a la consulta de toda esa taifa de *poseídos* entran de lleno en esa categoría, y que sólo el cinco por ciento restante entra en las de los verdaderos hipocráticos, echemos mano del primer imbécil, del primer idiota o del primer tonto que encontremos en nuestros respectivos lugares, si es que el vulgo no le ha consagrado aún y no le ha descubierto la gracia; hagamos de todos cuantos existan en las localidades de nuestra residencia, si hay más de uno, cosa más probable, patrimonio nuestro, adornándoles de todas las gracias imaginables; utilicémosle como cimbel para cazar incautos y llenar nuestras arcas; dediquémonos de paso a aumentar el número de los tontos para engrosar nuestra clientela en vez de difundir la cultura en los lugares donde nos clavó la suerte; todo menos seguir haciendo el ridículo de «nuestro apostolado» entre infieles y... ¡a vivir!

Al fin y al cabo ya lo dijo el poeta:

«El vulgo es necio

y pues lo quiere (o lo paga) es justo...»

ARTURO URRERO

## Visado

por la

## Censura.

## EL TRUCO DE LOS SEIS SALVAJES

Procedimiento infalible para que los médicos

hagan en poco tiempo fama y dinero

Conquistar fama e *inflamarse* de ganar dinero, es cosa sencillísima en nuestra socorrida profesión, según he podido convencerme a fuerza de atentísima y pertinaz observación. Sólo requiere un pequeñísimo sacrificio, por parte únicamente de los que hayan tenido la desgracia de ser dotados de alguna cantidad, aunque pequeña, de sentido común; cual es, entre otras cosas, alternar en cada pueblo con *seis salvajes*. Ni uno más ni uno menos, han de ser *seis* forzosamente.

Para conseguir esta bicoca, es indispensable obrar del modo siguiente.

Ante todo, *echarse el alma a la espalda* y no importarle a uno un bledo cuanto a la humanidad suceda. Allá cada cual con sus cuidados.

Es preciso también adoptar el procedimiento de dar a todo el mundo la razón en cuantos asuntos nos expongan. El sujeto a quien se da la razón en lo que dice, aunque se trate de la mayor barbaridad del mundo, suele ser desde ese momento, un decidido incondicional de quien se la dió.

Huir de todos los sitios donde haya una discusión. Como todos los que discuten es por creer que les asiste la razón, para demostrarlo han de apoyarse en cuantos presencian la discusión, a los que suelen pedir opinión con el interés que es de suponer. No siendo posible complacer a todos los contradictores, por el grave inconveniente de encontrarse presentes, lo prudente es ausentarse de todo sitio donde se inicie una discusión, porque al dar la razón a uno, es seguro quedar mal con su contrario.

Y vamos con lo de los *seis salvajes*. Mediante una atenta observación de las condiciones psicológicas de los habitantes de cada pue-